

30 de junio de 2000

Toyotismo: Lucha de clases e innovación tecnológica en Japón

Muto Ichiyo-Herramienta/Rebelión

Introducción

Lucha de clases en Japón de posguerra

¿Qué es el toyotismo? Los economistas burgueses, e incluso algunos con un tinte de izquierdistas, nos responden: "Es el Just in Time, más el Kan Ban, más los EQ (Equipos de Calidad), más la Calidad Total, más las normas ISO 9.000, es la empresa como una gran familia en donde los trabajadores cantan el himno de la corporación antes de comenzar cada jornada y se "sienten" orgullosos de pertenecer a ella, etc."

Sin embargo, Muto Ichiyo*demuestra aquí, con la simple contundencia de narrar los hechos, que esa respuesta es parcial y por lo tanto falsa. Trasmitiendo el testimonio vital de Kamata Satochi **1**, nos advierte que la esencia del toyotismo, del "mundo de la empresa", es: "trasladar la competencia interempresa, a la competencia-rivalidad entre obreros". Ichiyo retoma el análisis de Marx que privilegia las relaciones sociales como categoría central respecto a las económicas o a las técnicas, aunque todas están relacionadas. Así, Ichiyo nos lleva a ver que lo central del toyotismo es la irrupción de nuevos patrones de dominación del capital sobre el trabajo para aumentar la productividad y extraer una mayor cuota de plusvalía que permita una nueva superación de las crisis capitalistas, lo que obviamente no significa eliminarlas. Estas nuevas formas de dominación social tienen una de sus vertientes centrales en el propio proceso de producción. El proceso de producción de las grandes fábricas fordistas basadas en la parcialización del trabajo, descompuesto en gestos simples que ejecutaban trabajadores sujetos a la velocidad de la cadena de producción había generado una unidad objetiva en la clase trabajadora que, a su vez era soporte de poder relativo del trabajo en el proceso de producción. La clase obrera ejercía permanentemente ese poder y la "libertad" del patrón se veía limitada por las rigideces tanto de los convenios colectivos de trabajo, como del poder institucionalizado en los sindicatos, en los delegados y comisiones internas de las empresas. Este poder relativo del trabajo en el proceso de producción tenía profundos vasos comunicantes con todos los ámbitos de la sociedad. La unidad objetiva de los trabajadores en el proceso de producción se extendía más allá de cada fábrica, de cada "mundo de la empresa" y ello se manifestaba en la identidad obrera conocida mundialmente como los trabajadores de mameluco azul.

La burguesía, temiendo que la Revolución Rusa de 1917 pudiera despertar emulaciones (independientemente de que el hecho trágico de su degeneración burocrática alejaba cada vez más esta perspectiva) y conmovida por la crisis de los '30, con todas sus consecuencias, reconoció institucionalmente el poder relativo del trabajo, como una táctica

para desviar la ola revolucionaria que recorría el mundo en las primeras décadas del siglo. El reconocimiento institucionalizado al poder del trabajo se focalizó en legalizar los nuevos sindicatos de masas por industria que nacieron al calor de las grandes fábricas fordistas. En el plano más general, este reconocimiento se manifestó en la aceptación de las llamadas conquistas sociales y en la elaboración de políticas activas tendientes al "pleno empleo". En el terreno del derecho nació un amplio tejido de leyes, reglamentos y convenios incluso el derecho de huelga, o hasta "el control obrero" se estamparon en las constituciones (en Argentina es el Artículo 14 bis) y aunque sabemos que la Constitución es pisoteada cuantas veces pierde efectividad como instrumento de dominación del capital sobre el trabajo, el derecho a la huelga cuestiona el centro del andamiaje de dominación, basado en la exclusividad del Estado al uso de la fuerza, pues la huelga es un hecho de fuerza. El "derecho" a negarse a trabajar es, en su más puro sentido, el derecho a la rebelión, a negar la relación de opresión establecida por el trabajo muerto, el capital, sobre el trabajo vivo. Las regulaciones, las rigideces, las llamadas leyes sociales, la Seguridad Social, la jornada de 8 horas, fueron conseguidas por las luchas mundiales del movimiento obrero y reconocidas por la burguesía mundial quien terminó aceptándolas de mala gana ante la posibilidad de que el movimiento obrero avanzara por la vía de la revolución socialista.

Esa política burguesa, conocida como keynesianismo consistía en aceptar hacer concesiones al poder del trabajo, a condición de pactar con la dirigencia burocrática del movimiento obrero que los conflictos se plantearían y encerrarían en el plano sindical, centralmente el salarial, castrando la lucha de los trabajadores por el poder en toda la sociedad con el fin de construir una sociedad sin explotación. El keynesianismo inaugurado a raíz de las crisis de los años 20 que desembocó en el crac de octubre de 1929, cobró fuerza después de la II Guerra Mundial y pudo sostenerse hasta los '70 por varios factores, entre ellos la traición de la dirección sindical y política de los trabajadores. Sin disminuir la importancia de los factores superestructurales creemos que adquiere gran relevancia el hecho de que la batalla por el poder, por liberarse de la dominación o por imponer nuevas reglas de dominación, se inicie en el ámbito de la producción, y en este sentido cobra una importancia determinante al extenderse a todos los ámbitos de la sociedad, de la nación y del mundo. John Holloway, refiriéndose a la implantación del toyotismo en la Leyland, afirma al respecto: "Si los cambios en la industria del automóvil son representativos de cambios más generales en el patrón de las relaciones empresa-trabajadores, entonces no resulta sorprendente que haya paralelismos entre los cambios del estilo empresarial y los cambios en el Estado. La dirección de las empresas y del Estado son dos aspectos de la misma cosa, son dos formas de relación de capital, la relación de dominación entre capital y trabajo... Por lo tanto, las condiciones de esa explotación, las luchas en torno al proceso de trabajo, son la clave para comprender no solamente los cambios en la dirección de las empresas, sino también el desarrollo del Estado. Más aún, dado que la dirección empresarial está más cerca del proceso de trabajo y responde a él más directamente, no es sorprendente que las tendencias en el desarrollo político sean preanunciadas por las tendencias en la dirección empresarial".²

Generalmente lo que pasa en el nivel productivo no es focalizado como relevante a la hora de hacer análisis y construir políticas, sin embargo Marx había señalado la importancia del constante cambio de estas relaciones. En El Manifiesto Comunista señala que: "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción y con ello todas las relaciones sociales".³ Más adelante, en El Capital, reafirma el profundo sentido

de los cambios en las relaciones sociales y en el poder del patrón que se desenvuelven en el proceso de producción.

Reproduzcamos algunos párrafos: *"La maquinaria, asimismo, revoluciona radicalmente la mediación formal de las relaciones capitalistas, el contrato, entre el obrero y el capitalista."*⁴ Para Marx: *"La habilidad detallista del obrero mecánico individual, privado de contenido, desaparece como cosa accesorio e insignificante ante la ciencia, ante las descomunales fuerzas naturales y el trabajo masivo social que están corporizados en el sistema fundado en la máquina y que forman con éste, el poder del patrón"*.(destacados nuestros)⁵

Para Marx el sistema de producción capitalista no se trata de un proceso de trabajo sino devaluación del capital, pero ese sistema comienza en la producción en donde el paso de la manufactura a la industria cambia las relaciones sociales, el contrato entre el obrero y el patrón, porque la máquina no sirve al obrero sino que éste debe seguir el movimiento que imprime la máquina. Este sistema dice producción.⁶ Se establece así una lucha constante por imponer el dominio sobre el "movimiento" o sea sobre quién y cómo domina el tiempo de trabajo. Este dominio es inestable y en las fábricas fordistas la conflictividad era permanente ya que todo cambio de máquinas o herramientas se encontraba frente a relaciones rígidas y no flexibles. Los trabajadores no eran sumisos a los cambios que les significaban un aumento considerable de la explotación. Por otro lado, el trabajo repetitivo en el uso de una misma máquina producía también un conflicto debido a la alienación provocada por el trabajo monótono, aburrido, en tanto el trabajo intelectual se concentraba totalmente en la Oficina Técnica y sólo quedaba el trabajo manual para el trabajador. La conflictividad de las fábricas repercutía sobre todas las relaciones sociales y las luchas de los '70 pusieron al rojo vivo que los parámetros de dominación del fordismo basados en el contrato social del reconocimiento institucional de los sindicatos y del "bienestar social" había llegado a su fin. "Inflación creciente, gasto público en ascenso, ganancias decrecientes, altos niveles de actividad huelguística, todo evidenciaba que el equilibrio de posguerra estaba llegando a su fin" afirma Holloway en La Rosa Roja de Nissan, refiriéndose a la crisis de los años 1973 y 1974. En ese momento la productividad, como tasa, se volvía negativa y comenzaban a presentarse los primeros signos del fin del "pleno empleo". Por otro lado, en el campo político internacional, el triunfo de las masas vietnamitas sobre el ejército de EE.UU. junto a "la rebelión" de los países productores de petróleo, y la actividad revolucionaria en los países del tercer mundo en forma de semi-insurrecciones como el Cordobazo argentino, o el Mayo francés de 1968 que volteó al hombre fuerte de la Europa continental, Charles De Gaulle, mostraban hasta qué punto había llegado la crisis. La burguesía enfrentaba el cambio de las relaciones sociales como un problema de vida o muerte para todo el sistema capitalista.

Después de la II Guerra Mundial la derrotada burguesía japonesa atravesó por un período de extrema debilidad. Dos gigantes libraron batalla en el Japón: por un lado las fuerzas de ocupación militar del imperialismo yankee y por el otro el movimiento obrero japonés que creció como un coloso. Su poder: "Se extendió como fuego en un pastizal seco. El crecimiento más rápido fue el de la Confederación de Sindicatos de Industria (Sambetsú), dirigido por comunistas que pasan de nada en el '45 a una organización de 1.600.00 a fines del '46. Una característica remarcable de esta precoz irrupción obrera de posguerra fue el control obrero sobre la producción, con la creación espontánea de Comités de Taller. Estos Comités se unieron a nivel regional y finalmente a nivel nacional para formar

la Sambetsú... En estas empresas (donde la patronal se negaba ponerlas a producir bajo condiciones no rentables) los trabajadores tomaron el poder y volvieron ellos mismos a poner la producción en marcha, poniendo a los directivos bajo su control. Aun allí donde no habían tomado las fábricas en sus manos los trabajadores crearon, dentro de las empresas, situaciones tales que podrían llevarlos fácilmente al control de la producción. Fuera de las fábricas el control popular sobre la alimentación y sobre el sistema de racionamiento se extendió rápidamente..."(Muto Ichiyo). El imperialismo y la burguesía necesitaban retomar el control de la situación. El capital, en cuanto trabajo muerto, no puede existir si no mantiene la sumisión del trabajo vivo, si no reproduce permanentemente el sistema de explotación. De esta relación antagónica surge, para la burguesía, el imperativo de la búsqueda constante no sólo de mayor productividad, sino también de nuevas formas de organizar la producción que mantengan y/o refuercen su dominación, doblegando la abierta o sorda rebelión del trabajo. Y eso como parte de una compleja y articulada estrategia que busca debilitar el poder latente u organizado de los trabajadores, impedir en definitiva que el levantamiento de los explotados abra el camino hacia la toma del poder y la revolución social.

Una breve historia de la búsqueda de la sumisión del trabajo

En los primeros tiempos de la industria capitalista, con la manufactura y el maquinismo, los patrones eran dueños de la materia prima, de máquinas y herramientas, de la comercialización y del dinero, pero los trabajadores de oficio conservaban "el saber hacer" del trabajo. Este "saber hacer" era la base de la articulación de un cierto tipo de poder obrero, que ponía límites y cuestionaba la sumisión real de la fuerza laboral al capitalista, a despecho de lo estipulado en el contrato de trabajo. Taylor buscó trabajos calificados, a los que descompuso en gestos simples que pudieran ser realizados, mediante herramientas adecuadas, en forma repetida, estandarizada y controlable por la patronal. Ford adicionó "la cadena", capaz de acelerar los ritmos laborales y minimizar los desplazamientos físicos del operario. La resultante fue un salto en la productividad capitalista y, simultáneamente, un enorme debilitamiento del poder obrero que emanaba del "saber hacer". Con Taylor y Ford la burguesía dio un paso muy importante en la sumisión real del trabajo, en acrecentar su poder y mantener el sistema de explotación. En las nuevas condiciones de la gran industria conocidas como fordismo, el "poder de los obreros" se desplazó decididamente hacia la masificación de sus organizaciones y fundamentalmente hacia su unidad objetiva. Mientras las empresas competían entre sí en el mercado, los trabajadores de esas empresas se mantenían unidos en un mismo sindicato y peleaban y concertaban condiciones de trabajo y salarios para todos los trabajadores de las fábricas, plasmadas en los convenios colectivos. Sobre esta base objetiva renovada, y en un mundo convulsionado por la Guerra Mundial, la Revolución Rusa de 1917, y la gran crisis y depresión de 1930, se libró una batalla ideológica, política y sindical cuyos protagonistas fueron por un lado las grandes empresas y el Estado burgués, pero también organizaciones obreras clasistas y revolucionarias.

Ford, enemigo acérrimo de la organización sindical, pretendía mantenerla por fuera de sus empresas, y durante algunos años lo logró. Pero diez y siete años después de la implantación de la cadena en la fábrica Ford, en el año 1930, el movimiento obrero pudo imponer el reconocimiento institucionalizado de su "nuevo" poder y ello se plasma en el reconocimiento e institucionalización del sindicato por industria. A lo largo de la década de los treinta, una oleada de grandes y duras luchas cambió la fisonomía del sindicalismo

norteamericano, con el surgimiento de masivos y combativos sindicatos de industria, cualitativamente distintos a los relativamente "elitistas" sindicatos por oficio de la etapa anterior. La expresión de este proceso fue la consolidación de una nueva central sindical, la CIO (Congreso de Organizaciones Industriales). Procesos comparables se desarrollaron a nivel mundial. En nuestro propio país, los sindicatos de oficio que habían sido el corazón de la legendaria FORA (Federación Obrera de la Región Argentina), en ese mismo tiempo dejaron lugar a los sindicatos de industria. «En dónde residía este nuevo poder de los trabajadores? No en el "saber hacer" del trabajador calificado que había sido la base de los sindicatos por oficio del período anterior, sino en el desarrollo de la unidad obrera masiva. La cadena y las nuevas formas laborales acercaban objetivamente al trabajador calificado al sin oficio: el 79% de los trabajadores de la Ford aprendía en la fábrica su tarea en menos de una semana.

El llamado "obrero especializado" de la nueva época no será resultado de la calificación semi- artesanal de antaño, sino de la preparación estandarizada de la mano de obra para las necesidades de la industria. Pero por ello mismo, la unidad y masificación de la organización sindical obrera fue un fenómeno paralelo al de la producción fordista. Los grandes sindicatos de industria incorporaron incluso a las grandes masas de trabajadores inmigrantes, a los que se debió recurrir para cubrir las necesidades de mano de obra. Con esta herramienta, su unidad, el movimiento obrero enfrentó las duras persecuciones patronales de los años veinte, y luego resistió las consecuencias derivadas de la gran crisis mundial de 1930, comenzó su recuperación y logró avanzar, incluso grandes pasos, sobre los logros de la etapa anterior. Su fuerza impuso numerosas conquistas sociales, salarios reales en alza, jubilación, seguridad social, sindicalización masiva, pleno empleo, etc. Progresos, sin duda, pero limitados y contradictorios porque fueron orientados hacia la colaboración de clases, a despecho de la ola de revoluciones que siguió al aplastamiento del nazismo, y junto con todo ello se extendió la burocratización y la intromisión estatal en la organización obrera. Pero entrar en la consideración de ello extendería innecesariamente esta introducción. En todo caso, vale subrayar que nada es estático y menos en el terreno de la construcción y articulación del poder. Pese a la política de comprar a los dirigentes y perseguir a los activistas, pese a la traición de las direcciones obreras encarnadas en la burocracia sindical y en el estalinismo, el equilibrio basado en los métodos de regulación y dominación característicos del fordismo y el (mal) llamado "Estado benefactor" se volvió completamente inestable en el inicio de los '70. El movimiento obrero avanzó con sus luchas y puso en jaque a todo el sistema capitalista. Si bien la lucha, lamentablemente no tuvo una dirección consciente y revolucionaria, y por eso no devino en la conquista del poder por parte de los trabajadores, igualmente demostró el poder de los obreros emanado de su unidad. Esta crisis terminó de convencer a la burguesía de la necesidad de generalizar "nuevos patrones de dominación", asentados en una nueva relación desde el centro mismo de la producción. Para esto pudo apoyarse en una experiencia práctica que durante tres décadas había servido al avance de Japón.

Se presentó al toyotismo (acompañado, aunque no siempre se lo diga, con su contracara el taylorismo salvaje o sistema de máxima flexibilización), como la forma de Organización Científica del Trabajo que posibilitaba, aunque más no sea por un período, mantener vivo el sistema de explotación capitalista. Así se propagandizó este modelo (o combinación de modelos) que se extendería aceleradamente por todo el mundo en virtud de "la globalización". Muto Ichiyo nos habla de la nueva Organización Científica del Trabajo pero visto desde el otro lado de la barricada. Denuncia que la política de la patronal, con los

nuevos métodos de producción basado en los EQ, apunta a destruir la unidad desde la fábrica misma, cambiándolas condiciones objetivas que la forjaban. Con esto apuntaban también a destruir el poder obrero institucionalizado en las organizaciones obreras, en la medida en que el mismo podía escapar al control y los límites de la colaboración de clases, alentando procesos de clasismo y radicalización política, y fomentando "nuevos dirigentes" completamente patronales. Ichiyonos dice: "La erosión del poder obrero en las fábricas repercutió rápidamente en el sindicato ehizo emerger un nuevo tipo de dirigentes próximos a la patronal,...quienes tomaron la dirección nacional de la Tekko Roren en 1959".En el Japón se desarrolló una nueva táctica para controlar el poder obrero desde las mismas bases objetivas que lo soportaban y evitar que su desarrollo pusiera en peligro a todo el sistema capitalista. Una escalada que en su forma se presenta como Just In Time, Calidad Total, EQ o Racionalización o flexibilización, pero cuya esencia es un objetivo económico-social-político fundamental para la burguesía: la destrucción de la unidad del movimiento obrero para aniquilar esa fuente de poder obrero y mantener e incrementar las ganancias capitalistas.

La insistencia en la cuestión de la unidad no significa que la consideremos como la única fuente de poder obrero. La fuente última es, precisamente, la dependencia del capital ante el trabajo vivo y el antagonismo vital que recrea las bases objetivas para la rebelión obrera mientras subsista el trabajo asalariado como fuente de plusvalía en provecho de la clase burguesa. Sí queremos señalar que la unidad fue consustancial con este poder obrero del que hablamos. Por eso Ichioy tiene total razón cuando denuncia al toyotismo como un arma para destruir la unidad y lograr que los obreros compitan entre sí, ganados por el nuevo mito del "mundo de la empresa" y dando la espalda a la búsqueda de un mundo nuevo forjado mediante la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción y la elevación de los trabajadores a clase dirigente, ejerciendo el poder con un estado de tipo radicalmente distinto. Consideradas sólo como categorías técnicas o económicas maquinismo, taylorismo, fordismo o toyotismo, las diversas formas de Organización Científica del Trabajo, aparecen como distintas expresiones de lo mismo. Pero penetrar en su contenido social permite apreciar diferencias cualitativas. Desde el punto de vista del poder de los trabajadores, debemos considerar que el toyotismo lamentablemente ha logrado en gran medida, dar pasos muy importantes para destruir la unidad proletaria. Si se quiere, un símbolo de esto, podemos verlo en el reemplazo de la fraternidad del mameluco azul, por la falsa "unidad en la familia de la empresa" cada una con sus uniformes distintivos al estilo de los Mac Donald's. Todo esto invalida razonamientos supuestamente reconfortantes del tipo: "si el movimiento obrero pudo sobreponerse una vez al maquinismo, y otra vez al taylorismo- fordismo, seguramente podrá sobreponerse ahora al toyotismo". Este razonamiento, además de falso lógicamente (las generalizaciones inductivistas son arbitrarias, puesto que nada permite asegurar que si un fenómeno se repite dos veces deberá repetirse siempre) es falsa políticamente, porque no denuncia, como sí lo hace Ichioy, el peligro que representa para la clase obrera esta nueva escalada burguesa. Se trata de comprender este peligro, enfrentarlo, y desarrollar prácticamente nuevas fuentes de poder de los trabajadores en las que apoyarse para el cambio social y terminar con el sistema de explotación capitalista.

¿Por qué los trabajadores japoneses aceptaron este método de producción?

No creemos en las explicaciones de los analistas que contestan presurosos que ello se

debe al tradicional "espíritu sumiso" del pueblo japonés. Muto Ichiyo también derrumba este mito. Demuestra que sólo se impuso este modelo a través de la derrota de enormes huelgas, algunas abiertamente políticas y antagónicas a la alianza contrarrevolucionaria del Japón con EE.UU. La burguesía japonesa, con el activo sostén de las bayonetas del ejército de EE.UU. en la inmediata posguerra, y una clara estrategia antiobrera, pudo imponer a los trabajadores el "individualismo" y el "espíritu de sumisión" que tanto alaban los comentaristas burgueses. Muto Ichiyo nos dice que no hay toyotismo sin derrota de los trabajadores y con esto nuevamente apela a categorías marxistas, de relaciones sociales, y no a categorías económicas burguesas. En la lucha de los oprimidos contra los opresores y en el desenlace de esta confrontación, está la clave de cada período histórico.

Zanahorias y garrotes

Muto Ichiyo narra los hechos y las trampas. Nos alerta que una de estas trampas fue privilegiar la "lucha por aumentos de salarios", en desmedro del combate enderezado contra los planes de racionalización y la lucha política: "La ironía reside en que estos aumentos de salarios aceleraron precisamente las presiones para una rápida renovación de la maquinaria industrial y de una racionalización (toyotismo y flexibilización). El capital se vio compelido a pasar de la explotación de la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa." Recuerda que los trabajadores japoneses solos y aislados, extraviados por la ceguera de la dirección estalinista (por no decir la traición), y "la falta de internacionalismo, impidió que las masas enfrentaran la realidad del mundo y en especial la de Asia". Ichiyo señala que encerrarse en el sindicalismo y, dentro de él, en el enfrentamiento salarial como sustituto de una lucha dentro de una estrategia social, política e internacionalista, termina debilitando al movimiento obrero. Tras la zanahoria de mejoras salariales para algunos sectores, llegaron los garrotes contra el conjunto de la clase obrera.

Aquí y ahora

No fue curiosidad histórica lo que nos movió a traducir y editar este trabajo. Si lo hicimos es porque creemos que conocer esta experiencia es muy importante para la lucha diaria y actual que deben llevar a cabo los activistas obreros en nuestro país y en todo el mundo, donde las burguesías están desenfrenadamente tratando de implantar, e implantando, los nuevos métodos de explotación. Con estos nuevos métodos de explotación y con su consecuencia en gran medida deseada, la desocupación, la burguesía mundial ha logrado debilitar el poder de los sindicatos y de las organizaciones obreras. Las nuevas condiciones de la producción y sus consecuencias sociales y políticas ha cambiado totalmente el panorama y presentan nuevos desafíos. Estamos viviendo "la Globalización", con su nuevo modelo (combinación de modelos) que impone a los revolucionarios descartar ciertas herramientas de lucha e impulsar nuevas. Combatir al nuevo modelo capitalista pasa también por analizar lo que sirve y lo que ha dejado de ser útil en el programa de los revolucionarios.

Muto Ichiyo nos brinda hechos, experiencias y conclusiones de lo acontecido en Japón, en la lucha del movimiento obrero desde el fin de la guerra hasta mediados de los '80. Durante 40 años el toyotismo se desarrolló sin que el movimiento obrero mundial, incluida

nuestra corriente, advirtiera la magnitud y naturaleza del ataque. Es hora de superar semejante rémora. Ichiyo nos permite ver a Japón desde la óptica de un revolucionario, lo que no es frecuente, y esto otorga al presente trabajo importancia no sólo testimonial: puede servir como herramienta de lucha contra el "marketing ideológico" que presenta a Japón como el paradigma de la felicidad, de modelo deseable para el progreso de la humanidad y que se impone como una ineludible consecuencia objetiva del desarrollo de las nuevas técnicas y herramientas, como una realidad económica desvinculada del desenlace de las luchas entre el capital y el trabajo. Ichiyo se ubica desde este último ángulo. Narrando desde las desgarradoras historias de las mujeres trabajadoras de la Sony, hasta los problemas de las intencionales intoxicaciones de los trabajadores de Minamata. Denuncia también a los dirigentes sindicales que condujeron a la encerrona de luchar sólo por aumentos salariales, y dejaron expedito el paso a los planes de implantación de nuevas formas de explotación capitalista que disminuían el poder de los trabajadores. En el año 1918 Lenin tomó en consideración el hecho de que los métodos tayloristas y fordistas (por entonces recién inaugurados) aumentaban enormemente la productividad. Denunció que esos métodos en manos de la patronal significaba un aumento brutal de la explotación, pero advirtiendo también que contenían elementos de avance científico-tecnológico que la joven República Soviética debería adoptar, y rápidamente. En la concepción leninista, la contradicción que esto planteaba se debería enfrentar con dos medidas complementarias: por un lado rebajar las horas de la jornada laboral y simultáneamente posibilitar que, aprovechando esas horas que quedaban libres, los obreros se elevaran política y culturalmente para ejercer efectivamente la administración del Estado y el poder. Lenin tenía una fórmula económico-social (bajar la jornada) y política (incorporar a la clase obrera efectivamente al poder del Estado). El estalinismo desnaturalizó esta perspectiva, adoptando métodos capitalistas bajo la forma brutal del stajanovismo y liquidando tanto el poder de los obreros a nivel del Estado como en los centros mismos de producción. El enfoque de Lenin sigue siendo ilustrativo, aunque no exista en ningún lugar del mundo un gobierno bolchevique leninista, puesto que hoy se trata de plantear la unidad de la lucha por una rebaja cualitativa en los tiempos de la jornada laboral sin pérdida de salario, acompañada con el planteo de una batalla político-cultural por la toma del poder por los trabajadores en todo el mundo.

Ahora, la desocupación

La desocupación, como consecuencia inexorable del nuevo modelo, no aparece reflejada en este trabajo que estamos presentando, porque el mismo tiene ya más de una década y fue escrito desde un Japón que durante unos 40 años aplicó casi sin competencia los nuevos métodos de superexplotación, disfrutando de los privilegios de los que llegan primeros. Hoy, al generalizarse tanto el toyotismo como su contrapartida el taylorismo salvaje o sistema de máxima flexibilización en todo el mundo, se comienzan a ver palmariamente sus nefastas consecuencias universales. La destrucción ecológica del planeta, el hambre, y la desocupación masiva con medidas de flexibilización que a su vez provocan más desocupados, presionan en un círculo cerrado infernal para que sean aceptados los nuevos métodos. Quedan a la vista los resultados de barbarie a que conducen estos métodos de explotación en el sistema capitalista. Ichiyo nos da herramientas para profundizar el análisis que nos permita descubrir las debilidades de la aplicación en todo el mundo del "toyotismo". Avanzar en el camino que nos señalara Lenin comienza por asimilar la magnitud de los cambios operados en el mundo, y asumir el desafío de forjar en la lucha un nuevo programa internacionalista y revolucionario capaz

de orientar a los trabajadores para enfrentarlo globalmente.

Néstor Collazo y Andrés Romero

Notas

1. *Kamata Satochi se proletarizó en la fábrica Toyota y reflejando su experiencia personal escribió dos libros: "Toyota la fábrica de la desesperación" y "El revés del milagro", dos libros editados por Máspero y Ediciones Obreras de Francia.*

2. *John Holloway, La Rosa Roja de Nissan.*

3. *Carlos Marx, El Manifiesto Comunista, pág. 66, Ediciones Pluma , Buenos Aires, 1974.*

4. *Carlos Marx, Maquinaria y Gran Industria. El Capital, OE, Tomo1, De. Ciencias del Hombre, Bs.As., 1973.*

5. *Idem.*

6. *No queremos desconocer el poder que emana del dominio de la superestructura de la sociedad, comenzando por el Estado, instituciones , ideologías, etc. Queremos señalar que nivel de la producción ya hay un poder del capital sobre el trabajo, sin el cual es imposible la producción capitalista. Pero existe también un poder relativo del trabajo sustentado en diferentes parámetros: en el saber hacer, en el grado de organización, en la historia de la clase trabajadora y sus mejores representantes, en la tradición y en el grado de las derrotas y victorias parciales del trabajo sobre el capital y viceversa.*

*Los textos que presentamos han sido tomados de la publicación Cahiers d'études et recherche, Nro. 5, 1987, del Institut de Recherche et Formation, París, Francia. El autor, Muto Ichiyo, fue colaborador de la revista inglesa AMPO Japan-Asia Quaterly Review y del Pacific AsiaResource Center, con sede en Tokyo. Ha escrito diversos trabajos sobre la izquierda revolucionaria en Japón.